

## **Homilía Fiesta de la Candelaria 2 de febrero de 2024.**

Estimados hermanos y hermanas:

A los cuarenta días de haber celebrado la Solemnidad de la Natividad del Señor, hoy la Iglesia recuerda la presentación de Jesús en el templo siguiendo las prescripciones de la ley de Moisés que mandaba consagrar a Dios a los primogénitos varones (Cfr. Ex 13, 2). Así, los padres de Jesús cumplen con los tres ritos establecidos por la ley: La circuncisión a los ocho días de nacido el niño donde se le imponía el nombre; la presentación en el Templo por tratarse del primogénito varón; y la purificación de la madre. Con la circuncisión, el niño quedaba incorporado al Pueblo elegido siendo marcado con una especie de sello de pertenencia imborrable. Junto con ello, sus padres debían ofrecer algunos dones en la medida de sus posibilidades. La ofrenda de los pobres consistía en dos tórtolas o dos pichones de paloma.

Lo interesante de lo que nos informa San Lucas es que salen al encuentro de la familia de Nazaret dos laicos ancianos. No eran sacerdotes, o levitas (los servidores del templo), sino dos ancianos que esperaban al Mesías y que agradecen estarlo viendo. Se trata del encuentro entre vidas que se van desgastando por los años y una vida que florece abriendo pasos a la esperanza. Ambos ancianos lo reconocen como la luz que viene a iluminar a los pueblos.

En el caso de Simeón, el evangelista nos cuenta que impulsado por el Espíritu Santo va al templo y encuentra a Jesús. Lo toma en sus brazos y alaba al Señor con una bella oración que todas las noches repetimos aquellos que hemos prometido orar con la Liturgia de la Horas para interceder por el Pueblo de Dios. Ahora, Simeón puede morir en paz, porque se ha cumplido la promesa. Sus ojos han visto al Salvador, la luz para todos los pueblos de la tierra.

¿Qué nos podría enseñar este anciano sabio que ha visto al Señor?

Tres rasgos que nos pueden ayudar profundizar en nuestro propio encuentro con el Señor.

**Simeón, es un hombre con una búsqueda honesta e inquieta.** Busca al Señor, dejando entrever su profundo deseo de encontrarlo. Buscar y hallar, dos movimientos tan propios del que ama apasionadamente. La finalidad es que el ser humano ha sido creado para amar y ser amado. Naturalmente el amor primordial es a Dios, sujeto principal de nuestra búsqueda y, en segundo lugar, amar a los hermanos con quienes nos vamos abriendo paso a la construcción de un mundo más humano.

¿Qué buscamos? ¿cuáles son nuestras búsquedas más profundas? Una pregunta no tan fácil de responder. Sobre todo, si se responde desde la presión que ejerce una cultura que confía más en los medios que en el fin último del ser humano. Muy a menudo las personas se desgastan buscando tener más recursos económicos o sucumbiendo a la sociedad de consumo; personas que se desviven en mantener una imagen de sí mismos, prestigiosa y de gran aceptación social o política, tranzando sus principios con fines utilitaristas. Personas que se desgastan buscando escapar de la enfermedad, de la soledad, de las tristezas o del conflicto. Pero, escapar ¿hacia dónde? ¿hacia quién? La respuesta nos la da hoy día Simeón encontrándose con el Señor.

Busquemos al Señor, no nos cansemos de hacerlo, aunque algunas veces las propias dificultades entorpezcan el reconocimiento del rostro de Dios. No dejemos que el sufrimiento, la pena, el dolor nos roben el auténtico deseo de encontrarlo. Dios mismo actúa en nuestra vida no como escondido, o jugando a las escondidas. “Dios está ya en el interior mismo de la búsqueda”, Dios se deja encontrar apenas el ser humano lo busca. El desafío es aprenderlo a encontrar, en lo sencillo, en lo simple, en lo pequeño.

**Simeón, se deja conducir por el Espíritu Santo.** Así lo dice el texto bíblico, impulsado por el Espíritu Santo va al templo donde encuentra al Niño Jesús. Ya nos había informado San Lucas de que Simeón se guiaba por el Espíritu

Santo para discernir. Luego dirá que el mismo Espíritu le había comunicado que no moriría sin antes haber visto al Mesías del Señor. El Espíritu le infunde el deseo de Dios, el deseo de Santidad. Asimismo, el Espíritu Santo puede venir en nuestra ayuda fecundando nuestro frágil corazón y llenarlo de sentido. El Espíritu nos recuerda nuestra condición de hijos amados de Dios: “Todos los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios”. En definitiva, el Espíritu viene a iluminar el corazón para caer en la cuenta de que no estamos solos, de que Dios camina con nosotros iluminando nuestras vidas. Consecuentemente debiésemos preguntarnos acerca de nuestra relación con el Espíritu Santo: ¿Cómo es mi relación con él? ¿Recurso con frecuencia al Espíritu Santo cada vez que debo tomar decisiones? ¿Le pedimos al Espíritu Santo que venga en nuestra ayuda para orar mejor? Hagámonos amigos del Espíritu Santo, que sin duda puede llegar a convertirse en nuestro gran aliado.

Finalmente, **Simeón da testimonio del Mesías**. Dice el texto que tomó al niño en sus brazos y bendijo a Dios. Probablemente lo haya levantado para dirigirse a Dios, tal como lo hacían los judíos en el momento de la presentación de sus primogénitos. Simeón muestra a Jesús y da testimonio de él. No teme al qué dirán, prefiere ser fiel a su conciencia iluminada por el Espíritu Santo que dejarse atrapar por la vergüenza o la tibieza. Hoy más que nunca necesitamos cristianos que no teman en mostrar a Jesús con sus vidas impregnadas del suave aroma de Cristo. No hay nada más eficaz en la evangelización que ver a un cristiano coherente con su fe. Su vida se transforma en luz para los otros.

La candela, es una vela encendida que no se oculta, que se muestra. María es la Candelaria, porque siempre nos muestra a su Hijo Jesús que es la Luz de los pueblos que quiere iluminar todas las realidades, especialmente las que más necesiten de claridad, libertad, justicia y paz. Hoy viene a iluminar tu corazón para darte consuelo y esperanza. Confía en ella, que puede interceder ante su Hijo por tus anhelos y necesidades más profundas. Amén.